

**SUPERFICIES
DE PLACER
ROBERTO
JACOBY**

MIS LETRAS
PARA VIRUS
Y OTRAS
CANCIONES



PRÓLOGO DE ANDRÉS CALAMARO

 Planeta

ROBERTO JACOBY

SUPERFICIES DE PLACER

MIS LETRAS PARA VIRUS
Y OTRAS CANCIONES

 Planeta

INTRO

*El virus es, por definición, el extranjero,
el otro, el extraño.*

PAUL B. PRECIADO

*Este arte es útil en la medida en que es destructivo.
Su furia destructora se dirige sobre todo
contra el concepto fetichista de arte.*

WALTER BENJAMIN

En el principio fue el nombre, el nombre de la banda. Un bautismo siempre revela las huellas de un pasado y los rumbos de un devenir. Virus fue una marca profética a la vez que una herida tan honda que llegó hasta los angustiantes días que vivimos en esta tercera década del tercer milenio. Virus también fue la plataforma de lanzamiento para uno de los pocos semidioses en la escena musical argentina.

Virus nació en La Plata, en enero de 1980. No se conocían los virus de computadora ni se hablaba de la propagación viral de los mensajes. El genocidio atroz del Virus de la Inmunodeficiencia Humana apenas se incubaba en la oscuridad.

Los únicos antecedentes en la cultura eran el subterráneo escritor William Burroughs –“el lenguaje es un virus del espacio exterior”– y el etólogo y biólogo evolutivo Richard Dawkins, quien tiempo antes había acuñado el ahora trajinado concepto de “meme”. Dawkins lo definió como una estructura viral, autorreplicante, que se propagaba a través de textos e imágenes, rumores, canciones y chistes. Es improbable que Federico o los otros miembros de la banda conocieran a estos autores en aquella época. Pero, de cualquier modo, el nombre Virus fue un presagio de realidades catastróficas y también de una tragedia personal que elevó a Federico a los altares de la cultura popular.

El hecho de que ahora yo me encuentre aislado compilando mis canciones con Virus en 2020, en el mismo momento en que el mundo vive la pandemia viral más dañina que se recuerde en cien años, es otra de las tantas paradojas producidas por aquel desafiante bautismo.

Quién fue quien lo inventó o lo propuso es –como toda imposición de nombre– un misterio y las versiones varían según quien relate. Resultado de una gripe. Una votación en la que el nombre de Virus perdió. Por el carácter internacional de su significado. Se iba a llamar Virus y los Antibióticos. En fin, nadie sabe bien a quién se le ocurrió y acaso eso sea la mejor prueba de que estábamos ante la fundación de un mito.

“¿Cómo conociste a Federico?” es la pregunta que siempre me hacen cuando alguien se entera de que soy el autor de muchas letras de Virus. Porque si bien no fui un *ghost writer*, un escritor fantasma, yo no hacía mucha bandera con mi rol de letrista de una banda tan emblemática. Incluso utilizaba un seudónimo imperceptible,

ya que sustituía la “y” de mi apellido por una “i” para separar mi rol de autor de mi personalidad habitual.

Comprendo que a Federico y a mí nos imaginaran sapos de distintos pozos o, por el contrario, como protagonistas de una curiosa amistad. Llamaba la atención que pudiéramos colaborar teniendo “tanta diferencia de edad”. Pero esa impresión apenas estaba fundada en la apariencia juvenil de Federico y en sus cambiantes fechas de nacimiento. Cuando Federico comenzó con Virus él tenía 30 años y yo 37, o sea que ningún abismo nos separaba.

Es simple: él se interesaba mucho por la vanguardia artística de los sesenta que en la imaginación aparecía representada por el Instituto Di Tella. Por eso frecuentaba a los sobrevivientes de aquella movida artística como Juan Risuleo, Eduardo Costa, Daniel Melgarejo, Patricio Bisso o yo mismo. Compartíamos amigos de larga data. Nos cruzábamos en exposiciones, estrenos o tertulias de los años setenta, Federico aparecía tal como todos lo conocen: elegante, irónico, de una extraña belleza que atraía las miradas e inspiraba a los artistas a retratarlo. En 1973, nos encontramos en un cumpleaños y conversamos mucho por primera vez. Me pareció muy avisado, curioso y perspicaz. Después lo veía cuando visitaba a Juan, querido amigo desde el secundario hasta la actualidad, en Ropas Argentinas, su local pionero en el subsuelo de la Galería Jardín en Florida 537, a metros de Limbo, donde Federico y su socio Mario Lavalle, un devoto feligrés de la noche porteña, vendían su ropa masculina de diseño que también compré alguna vez porque era actual y a la vez austera.

Ya en 1980, mi adorado Daniel Melgarejo, dibujante extraordinario y autor de la imagen y las tapas de Mandioca,

sello fundador del rock nacional, volvió a Buenos Aires desde Barcelona (donde había vivido cinco años) y nos encontramos en la Galería del Este, en Maipú 971, donde se respiraba cierto ambiente *arty, under*, alternativo o como se lo quiera llamar. Le conté que estaba escribiendo unos textos medio literarios, poemas y letras de canciones. Por su lado, Federico le había pedido referencias de alguien que escribiera porque estaba preparando un disco con su nueva banda, pero no se sentía del todo conforme con las letras. Muy pronto, estuve en mi monoambiente de Pasteur y Rivadavia mirando el material que yo había producido en los últimos años. Tomamos té, fumamos y hubo mucha afinidad. Fiel a su estilo convincente y ejecutivo, Federico dio por sentado que haríamos algo juntos. Él me dejaría un casete con las canciones que ya tenían bocetadas y yo le daría mi punto de vista. Como si nada, se llevó una letra que se iba a convertir en “El rock es mi forma de ser”, cuando Julio Moura —compositor brillante de muchos de los temas de Virus— le agregara el estribillo.

Lo que se planteó en ese primer encuentro sería un poco la matriz, el procedimiento con que producimos la mayoría de los temas. Federico y yo nos encontrábamos o hablábamos por teléfono, él me pasaba las maquetas sonoras y yo escribía partiendo de lo que charlábamos, de la sanata o de lo que la música me sugería. Después, Federico cantaba la letra acompañándose con guitarra acústica y ajustábamos las palabras según necesidades métricas, vocálicas o de sentido.

Siento necesario acotar que aquí me hago cargo de las letras y las comento como si fueran de mi exclusiva autoría, lo que ocurre en varios casos pero no en todos. Muchas surgieron puramente de mi imaginación y así

figuran, pero otras fueron placenteras colaboraciones y conversaciones que finalmente yo ponía en papel, y otros trabajos en coautoría que por razones de equilibrio distributivo fueron firmados por dos, tres y hasta cinco autores. Al final de este libro aparecen los créditos tal como fueron registrados en SADAIC, organismo que también recauda y distribuye los derechos de autor o autora.

Jamás podría haber imaginado que de ese encuentro casero con Federico emergería una etapa fabulosa de mi vida artística y civil, cuyos fulgores persisten hasta ahora. También a partir de ese momento brotaron muchas canciones significativas de los años ochenta, shows, amistades y, sobre todo, una incitación a la libertad que motivó a la generación de la post dictadura.

Espero que esta recopilación y mis acotaciones iluminen el espíritu de esa década tan rica y poderosa. Tan vital y tan cruel. Eventualmente, mi relación con Virus se licuó, pero ya me había picado el bichito de hacer canciones y nunca pude parar. Escribía letras aunque no hubiera nadie que les pusiera música: eran letras solteras. Finalmente, en 2010, para mi muestra en el Museo Reina Sofía de Madrid, Nacho Marciano, amigo y cómplice, un talento todoterreno, produjo el álbum *Tocame el rok*, donde muchas de esas letras solteras transmutaron en canciones. Mis letras se casaron con la música y la interpretación de algunos de los compositores más potentes de la actualidad: Pablo Dacal, Axel Krygier, Rudie Martínez, Patricio Bisso, Gabo Ferro, Dani Umpi, Francisco Garamona, Monstrance, Sergio Pángaro, Nacho y Agustín Della Croce.

Ya en años recientes, grabamos *Golosina canibal*, un álbum con canciones de diferentes épocas, casi todas con música y producción artística de Nacho y algunas en

colaboración con Francisco Garamona y Agustín. Con *Golosina*, en 2019, me sucedió algo que jamás hubiera soñado y que me hizo inmensamente feliz: comencé a cantar mis propias canciones y las presenté en varios shows en Buenos Aires, Córdoba, Madrid y Barcelona. De manera que ahora se puede decir que soy cantautor, espero que no cansautor ni chantautor.

Aquellas letras, que se grabaron en los últimos quince años, se cuentan entre algunas de mis favoritas. Esta recopilación las incluye.

Me importa aclarar que respecto de la música propiamente dicha solo haré observaciones genéricas y hasta banales. El análisis musical es una disciplina compleja y poco practicada, y yo sería el menos calificado para ejercitarla.

En cuanto a las letras (lo que los anglosajones llaman “lyrics”), oscilo entre no aclarar nada para dejar que hablen por sí mismas, en algunos casos, o desmenuzar los sentidos que releo.

Uno de los atractivos de las canciones enigmáticas de muchas bandas es que se supone que pueden ser decodificadas como mensajes cifrados de agentes secretos. Se podría pensar que el rock presta identidad a las distintas generaciones más allá de las fronteras geopolíticas o de clase; pero a la vez es un idioma propio de la juventud, una jerga que los adultos, los de afuera, no deben captar. O al menos ese es el propósito: dejar afuera a otras generaciones.

Así, se buscan y rebuscan significados esotéricos, traslaciones de las que solamente los fieles, los fans, poseen las llaves secretas. Pero esta fe deja de lado el hecho de que dos palabras puestas una junto a la otra pueden producir un chispazo en la cabeza de alguien sin que eso tenga

ningún significado preciso: puede tratarse de una simple descarga de energía que incita a la humanidad a seguir viviendo. No se suele considerar que las metáforas movilizan la imaginación sin necesidad de recurrir a racionalidad alguna.

Más bien al contrario, las metáforas resultan más eficaces cuanto más rompen con la lógica conversacional, con las frases hechas, con los conceptos cristalizados. El lenguaje habitual está hecho de figuras congeladas, de imágenes que vienen de muy lejos para decir a veces lo contrario de lo que fueron: cantos ceremoniales dedicados a dioses que nadie recuerda. Por eso, la ilegibilidad de un texto puede ser tanto un índice de su complejidad e innovación como una promesa de futuridad en la que los infinitos sentidos se irán develando.

Muchas veces, especialmente en la canción, unos versos surgen de un capricho, de un juego, de una ocurrencia que se retiene porque queda bien y gusta. Los versos están ahí y no sabemos qué puede pasar con ellos. Y en verdad no habría necesidad de que pasara nada porque el juego no precisa de justificación.

Se suele señalar que en mis letras hay juegos de palabras que esconden múltiples sentidos, y yo mismo me valgo de esa idea en esta recopilación. Sin embargo, creo que el juego, lo jugueteón, el jugueteo con el lenguaje no son simplemente un envoltorio del sentido, sino que son el sentido mismo.

Roger Caillois, el escritor francés que anduvo por la Argentina, definió el juego a partir de seis rasgos: libre, separado de la realidad, incierto, improductivo, reglamentado y ficticio. Anoten por favor porque es una definición

que se aplica perfectamente al arte y sus promesas de felicidad.

Como sucede con cualquier obra de arte, con las canciones y los poemas surge una demanda de explicación, existe la expectativa de una interpretación que cierre el circuito que autores y compositores abrieron. Esa exigencia no puede ser satisfecha ni siquiera por quienes realizaron las obras porque nadie sabe lo que hace. Puede haber una intención, un propósito, pero la canción es un hecho objetivo que ha salido del control de su fabricante para vivir su vida en los fogonazos que se disparan cada vez que se la oye, se la canta o se la baila.

En todo caso, las audiencias instauran confabulaciones de sonido y de sentido que flotan alrededor del ser inmaterial del tema.

Si con palabras pudiera puntualmente ser explicado lo que dice un poema, este sería innecesario: bastaría con la explicación.

Sería feliz si la lectura de este libro fuera acompañada por la escucha y el movimiento de las canciones. Casi todas ellas están accesibles en las principales plataformas musicales.

INTRO



Retrato en carbonilla de Federico Moura por Roberto Jacoby.